

LA OBRA DEL PADRE FALKNER Y SU CONTENIDO ETNOLOGICO

POR

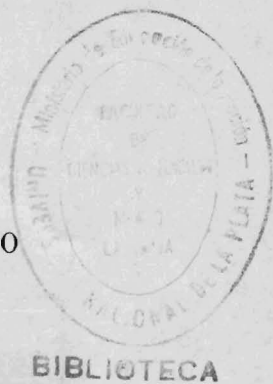
SALVADOR CANALS FRAU

De los « Anales de la Sociedad Científica Argentina »

Mayo de 1937. E. V, T. CXXIII, pág. 209 y sig.

Buenos Aires
Est. Gráfico "Tomás Palumbo"
321 - La Madrid - 325

1937



LA OBRA DEL PADRE FALKNER Y SU CONTENIDO
ETNOLOGICO

POR SALVADOR CANALS FRAU

I

Entendemos por obra del P. Falkner, o Falconer como solía llamarse en América castellanizando su apellido, la única obra impresa que corre bajo su nombre: la célebre « Descripción de la Patagonia » cuya edición príncipe se publicara en 1774 ⁽¹⁾. Furlong Cardiff ha publicado como apéndice de su estudio sobre Falkner ⁽²⁾, un pequeño folleto de 16 páginas titulado « Of the Patagonians » y le atribuye la paternidad. Mas a pesar de basarse declaradamente, en gran parte, en datos suministrados por Falkner, la redacción no es de éste, sino de Tomán Pennant, y no debe por consiguiente ser incluido entre sus escritos, cual hace Furlong. De algunos otros trabajos de Falkner tenemos noticia; pero ellos no han sido impresos y, además, se han perdido.

La publicación de Falkner tuvo gran resonancia. Apenas aparecida en su idioma original, el inglés, se tradujo a varios otros, entre ellos al español. Esta primera traducción a nuestra lengua, que De Angelis incluyera en el tomo I de su famosa Colección, es un pésimo trabajo. Mucho mejor que ésta, pero todavía muy lejos de la perfección, es la publicada por la Universidad Nacional de La Plata en su Biblioteca Centenaria, y que debemos a Samuel Lafone Quevedo ⁽³⁾. Nosotros nos hemos servido de esta última versión, aunque cotejándola con la original inglesa; de ella son las citas, si bien rectificadas a veces.

(1) « *A Description of Patagonia and the adjoining parts of South America* », by THOMAS FALKNER, Hereford, 1774.

(2) FURLONG CARDIFF, *La personalidad y la obra de Tomás Falkner*, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, Bs. As., 1929.

(3) *Descripción de la Patagonia, por el P. Tomás Falkner, S. J.* Traducción de S. LAFONE QUEVEDO. Biblioteca Centenaria, tomo I., Bs. As., 1911.

El contenido del libro de Falkner es de una gran riqueza en datos de toda índole: etnológicos, históricos, geográficos, etc. A nosotros aquí sólo nos interesan los primeros, sin perjuicio de que, cuando sea ello necesario a la argumentación, tratemos de reforzar los argumentos con datos de otras categorías; todos ellos, aun cuando son inexactos, tienen siempre algún valor como demostrativos del conocimiento que se tenía en nuestro país a mediados del siglo XVIII.

La mayoría de autores que se han ocupado en cuestiones de nuestra antigua etnología lo han hecho citando y celebrando la « Descripción de la Patagonia ». Otros, en cambio, lo han combatido, como no podía ser menos, y se han ensañado con ella. Ni los unos ni los otros han tenido siempre razón. La crítica de fuentes está muy poco desarrollada entre nosotros, y no siempre se ha fijado, antes de valorar los datos que la obra contiene, el verdadero valor documental de ella.

Y eso que el libro de Falkner estaba muy necesitado de un libre examen crítico, sin prejuicios. Su mismo origen es ya irregular. Regresado nuestro autor de una larga estadía en nuestras tierras, y reintegrado a su patria de origen, Falkner, ya sexagenario, se dispone a redactar sus recuerdos de los hombres y cosas de los países a quienes dedicara 39 años de su vida. Un escritor inglés de la época, defensor literario de la política de Pitt que tanto favoreciera la expansión colonial de Inglaterra, William Combe, tiene ocasión de conocer los manuscritos y los da a publicidad con anuencia de su autor. Los motivos que guiaron a Combe a prestar tan gran servicio a la Ciencia no fueron tanto el amor por ella, como la ocasión propicia de dar a conocer una región del globo que pudiera ser colonizada por su país. El mismo lo confiesa en el curioso Prólogo que agrega a la obra de Falkner: « El establecimiento de una colonia inglesa — dice Combe — en la islas Falkland, según se dice, se debe a la opinión del finado lord Anson, quien consideraba que propendería a la extensión del comercio y del imperio marítimo de la Gran Bretaña, si ésta se hacía de un buen puerto para los barcos ingleses en los mares australes de la América. Consideraciones como éstas fueron las que me indujeron a creer que cualquier relación que tratase de la geografía, habitantes y demás detalles de la parte más austral del continente americano, podría ser de utilidad pública y hasta servir de entretenimiento al curioso lector » (pág. 21). Y es llevado de estos móviles que Combe no publica el libro en la forma que su autor le diera, sino que lo modifica y le agrega un prólogo que, en realidad, muy poco tiene que ver con el contenido.

Ante situación tal, lo que más interesa metodológicamente es establecer si la obra, en su forma impresa, es, prescindiendo del prólogo, todo de Falkner. Combe mismo afirma: « Las alteraciones que me he permitido hacer se limitan a ciertos giros del lenguaje y al mejor ordenamiento de lo que él escribiera; pero nada se le ha aumentado a la relación del viejo viajero » (pág. 21). En el texto no hemos podido establecer diferencias de estilo que justificaran la presunción de interpolaciones. Por consiguiente creemos que Combe expresa la verdad. « No nos dió todo el libro de Falkner, pero el libro es de Falkner » expresa acertadamente Furlong Cardiff (*). La obra adolece de muchas obscuridades, y a veces se nota una como falta de equilibrio entre las diversas partes que lo componen, mas ello se debe, seguramente, a las manipulaciones de Combe que suprimiría lo que no favorecía sus intenciones, y destacaba así lo que pudiera ser útil a sus propósitos. « Como no está fuera de lo probable — dice el prologuista — que navíos ingleses tengan que meterse algún día en el río de la Plata, ora como amigos, ora como enemigos, se hace la descripción de los puertos de aquel río, y también relación de los peces que de él se sacan » (pág. 22). A pesar de todo, Combe prestó un gran servicio a la Ciencia publicando el libro, el cual de lo contrario, tal vez no se publicara nunca. Además, la publicación tuvo también consecuencias no previstas por el autor del Prólogo: la corte de Madrid, justamente alarmada, empezó a preocuparse algo más por los vastos territorios de Patagonia, e hizo reanudar activamente los interrumpidos ensayos de exploración y colonización de aquellas regiones. Los resultados principales de esta nueva actividad fueron sin duda la expedición de Villarino y la fundación del Carmen de Patagones, Floridablanca (San Julián), Puerto Deseado y San José, sobre la costa de Patagonia, fundaciones éstas que todavía subsisten.

II

Tomás Falkner nació en Manchester, Inglaterra, el día 6 de Octubre de 1707. Era hijo de médico y de boticario. De ahí, pues, hubo de venirle su afición natural a los estudios de medicina y ciencias naturales, estudios que cursara luego en Londres con verdadera dedicación. Fueron sus maestros dos eminentes profesores, célebres en

(*) FURLONG CARDIFF, l. c., pág. 62.

su respectiva especialidad, Mead y Newton, que seguramente no hicieron sino despertar las aficiones que había heredado nuestro futuro misionero. A los 22 años daba por terminados sus estudios médicos, y la Royal Society lo comisionaba, poco después, para que pasara a América del Sur a estudiar las propiedades médicas de las aguas y hierbas americanas.

A los efectos mencionados, se proveyó a Falkner de un nombramiento de médico-cirujano de un barco negrero de la compañía inglesa del Asiento, pasando como tal al Río de la Plata. El buque, probablemente el « Rudge », hubo de hacerse a la mar a principios de 1730, pues es a fines de dicho año que nuestro flamante médico y naturalista desembarca en Buenos Aires.

Apenas llegado Falkner a nuestras riberas, enfermó de gravedad. Ignoramos las razones por las cuales el enfermo vióse abandonado y solamente asistido por un jesuita, el P. S. de San Martín. De esta asistencia, y seguramente también de los esfuerzos del sacerdote, nació en nuestro hereje anglicano una inclinación al catolicismo que poco después lo llevaba a aceptar la nueva creencia. Que esta conversión no era meramente superficial, y destinado a congraciarse con el nuevo ambiente en el cual tenía Falkner que desarrollar, al menos por un tiempo, sus actividades, lo demuestra claramente el hecho de que formó firme propósito de quedar radicado en el país, y poco después, en Mayo de 1732, ingresaba en la Compañía de Jesús.

El noviciado de la Provincia jesuítica del Paraguay se encontraba en Córdoba, y allí pasó nuestro flamante jesuita. Hizo sus votos en 1734, terminando con ello su preparación de misionero.

En estos diez años preparatorios de sus actividades futuras, no abandonó su predilección, y junto con sus estudios teológicos seguía dedicándose a la medicina y a las ciencias naturales. Su « Descripción de la Patagonia », y también sus otras obras inéditas de que habláramos antes, son clara demostración de ello.

Terminados completamente sus estudios, y admitido definitivamente en la Compañía, Falkner esperaba destinación como misionero. En el *Libro de Consultas* de la época consta la propuesta del P. Provincial Machoni para que Falkner fuera mandado a la misión de lo *Mocovís*; mas no fué elegido. En cambio desde Candelaria nos anuncian su pase a « la misión de los *Serranos* con el P. Matías » (5).

(5) Este precioso dato está contenido en una carta del P. José Tejdor al P. M. Marimón que LEONHARDT fecha a 30 de Septiembre de 1744 (pág. 36-7 de su trabajo *La preparación científica de los antiguos misioneros jesuitas*, y FURLONG CAR-

Unos años antes, en 1740, se había fundado al sur del Saladillo y cerca de su desembocadura, la reducción de indios *Pampas* llamada *Concepción*. Ahí trabajaba en su apostolado el P. Matías Strobel. Ignoramos si Falkner pasó o no, por la fecha, a este destino; documentalmente no nos es posible establecerlo, ni tampoco establecer con seguridad dónde estaba radicado por los años 1744 y 1745. El mismo nos habla de un viaje de tres semanas realizado precisamente en 1744 a través de las llanuras pampeanas, en una región en que abundaban los caballos alzados, mas nos es imposible precisar si fué en el sur de Córdoba o sureste de Buenos Aires.

Sabemos en cambio de su viaje a la región del Volcán, o sea el grupo orográfico bonaerense situado al O. de la actual Mar del Plata, en compañía del P. José Cardiel. Este intrépido misionero, apenas llegado de una expedición exploradora por las costas de Patagonia, quería intentar otro viaje por tierra. Siéndole denegado el necesario permiso, pudo, en cambio, obtenerlo, para la fundación, en la mencionada serranía, de una segunda reducción que le pudiera servir de jalón para otras fundaciones futuras. Salió, pues, acompañado de Falkner para reconocer el terreno que por aquel entonces era *tierra incógnita*. Llegaron a fines de Agosto de 1746 y empezaron enseguida con sus trabajos. Algo después, Cardiel hubo de regresar a Buenos Aires (6) y los trabajos y desvelos corrieron al solo cargo de Falkner. El siguiente año de 1747 vió ya fundada la nueva reducción, la cual recibió el nombre de *Nuestra Señora del Pilar* (7). Este mismo año pasaba el P. Strobel al nuevo pueblo, como Superior de las dos reducciones. Algo después, en 1750, cerca de Pilar, se fundaba una tercera misión, *Desamparados* (8).

Aquí, en estas misiones, pasó Falkner los próximos años, los más fecundos, de su apostolado, en continuo contacto con los indígenas, hasta que en 1751, cuando el levantamiento general dirigido por el

DIFF, (*La personalidad y la obra de Tomás Falkner*. Bs. As., 1929, pág. 28-9) a 15 de Noviembre de 1743 y luego a 5 de este mismo mes y año, en la bibliografía que va al final del mismo trabajo.

(6) El P. STROBEL, desde *Concepción* escribía al Gobernador Andonaegui a Bs. As., con fecha 26 de Diciembre de 1746: « El cacique *Yepelye* quiere ahora acompañar al P. José Cardiel a esa ciudad. . . »

(7) El lugar preciso de esta fundación estuvo sobre unas pequeñas colinas situadas al nordeste de la laguna de Los Padres, cerca de la actual Mar del Plata. COMP. OUTES, en *Diario del viaje y Misión al río del Sauce, realizado en 1748, por el P. José Cardiel*, Buenos Aires, 1933, pág. 143.

(8) *Nuestra Señora de Desamparados* estuvo situada a sólo algunas leguas de Pilar, más cerca del mar.

Bravo, fueran destruidas *Desamparados* y *Pilar*, y algo después Concepción. A raíz de la catástrofe, pasaba a Buenos Aires nuestro misionero.

Su próximo campo de acción fué la estancia jesuíta de San Miguel de Carcarañá, situada al sur de este río y cercano a su desembocadura. Pasó ahí en 1752, después de una breve permanencia en la otra estancia de Areco, y sus funciones eran las de un administrador. Durante los cuatro años, hasta 1756, que desempeñó este cargo, tuvo sobrada ocasión de dedicarse a sus estudios de historia natural y de llevar a cabo algunos viajes a Santa Fé.

Luego, por 1756, pasó de nuevo a Córdoba. Aquí residió hasta la expulsión de los jesuitas en 1767. Ejercía su profesión de médico, y seguía cultivando sus estudios favoritos, especialmente la botánica. En este tiempo llegó a ser famoso, tanto por sus actividades médicas como por las religiosas, convirtiendo a numerosos herejes extranjeros.

La noche del 11 de Julio fué apresado. Poco después era embarcado, con cuarenta otros jesuitas, rumbo a España, en la nave « Venus ».

No se sabe las circunstancias en que Falkner pudo regresar a su país natal. Sabemos que por 1771 residía en Inglaterra donde conoció a Thomas Pennant, el célebre publicista. Este se informó de nuestro misionero sobre la vida y costumbres de los pueblos americanos entre los cuales conviviera Falkner. Fruto de estas informaciones fué la publicación por Pennant de un opúsculo titulado « Of the Patagonians » que Furlong Cardiff publicara in extenso como apéndice de su mencionado trabajo y atribuyendo la paternidad a nuestro médico-misionero.

Por la misma época o algo después, conoció Falkner a otro escritor de renombre, William Combe, que fué quien editara y prologara el celebrado libro motivo de este estudio. Ya nos hemos ocupado de él y de los móviles que indujeron a este panfletista a publicar los manuscritos de Falkner, aunque adaptándolos a sus intenciones.

Falkner murió en 1784 a los 77 años de edad.

III

En etnología, como en historia, tienen las fuentes escritas un valor muy desigual que las distingue unas de otras. Pero también dentro de cada una de ellas es desigual el valor de sus diversos datos. Es ello debido a la diversa relación espacial y temporal que medió entre el autor y los fenómenos por él relatados.

De ahí que para valorar acertadamente los datos de una fuente, sea necesario no sólo tener clara conciencia de la personalidad del autor, sino también conocer sus inclinaciones, saber de sus destinos, poder distinguir los datos de conocimiento directo, de aquellos otros que tienen un origen mediato. Y siempre nos merecerá más fe, aquello que el autor relata por conocimiento personal, que aquello que le hayan contado.

Aplicando, pues, este criterio de elemental crítica de fuentes a nuestro caso, veremos la necesidad de establecer cuáles son las partes del territorio descripto por Falkner como « Patagonia », que él conociera personalmente.

Mucho se ha escrito sobre la enorme extensión que habrían tenido los muchos viajes de Falkner. No pocos autores lo dan como habiendo recorrido toda la actual Argentina desde el Chaco al Estrecho de Magallanes. Otros, más modestos, le asignan un círculo de acción más reducido y suponen que, en dirección al sur, llegó hasta el Nahuel-Huapí. Y el mismo Furlong Cardiff, que se queja de la exageración dada a los viajes por « autores mal informados », le hace recorrer, a renglón seguido, « las provincias de Santiago del Estero, Tucumán, Córdoba, Santa Fé, Buenos Aires y la Patagonia »⁽⁹⁾.

El único que hasta ahora, haya profundizado el tema, es J. Benigar, quien en una monografía leída ante la Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires, analizó el valor documental del P. Falkner. Como resultado de su labor encuentra que nuestro misionero sólo conoció « una estrecha faja de territorio que, arrancando de Santiago del Estero, pasa por Córdoba, Santa Fé, Buenos Aires, la costa del Atlántico y termina, por tierra, en el cabo de Lobos, y por un punto incierto en la costa patagónica »⁽¹⁰⁾, de manera que el valor documental de su obra queda restringida a estas zonas. Por lo demás, y en cuanto respecta el material etnográfico que Falkner nos ofrece, Benigar es de opinión que « es probable que algo... debemos a las observaciones propias del autor. Algunas migajas pudo haber obtenido por las noticias de los indios, pero apenas cabe duda de que la mayor parte la toma de los conocimientos corrientes de los intelectuales de su época ».

Para tratar de establecer definitivamente las zonas que Falkner conociera personalmente, nos guiaremos por el texto mismo de su

(9) FURLONG CARDIFF, l. c., pág. 24.

(10) JUAN BENIGAR, *El valor documental del P. Falkner*, trabajo leído por F. de SAN MARTIN y publicado, en extracto, en *La Nación* de Buenos Aires, número de Septiembre 26 de 1926.

obra. Al estudio detenido de ella no se escapa el hecho de que el autor no trata con la misma medida a las diversas regiones estudiadas, pues mientras que en unas se limita a darnos una somera y general descripción de ellas, citando sólo algunas vagas características, en otras, al contrario, se detiene más y entra a veces en detalles que son a todas luces innecesarios a la formación, en el lector, de un concepto general de la comarca; todo ello sin olvidar que en éstas nos habla a menudo como actor: he visto, he hallado. Es natural que estas últimas zonas son las que el autor conoció personalmente, y estos detalles, a veces triviales, estriban en antiguos recuerdos personales, y éstos, a su vez, derivan de un conocimiento más íntimo de la región aludida. Y es notable observar, aunque ello no se deba naturalmente a casualidad ninguna, que las zonas que de esta manera podemos señalar como de conocimiento personal de nuestro misionero, corresponden precisamente a aquellas en que vivió o viajó el autor, según puede ser documentalmente establecido. Veamos cuales son.

En primer lugar está la parte meridional de la provincia de Santiago del Estero. Falkner la describe con profusión de detalles en el capítulo primero de su libro. Falkner no residió en Santiago, mas sabemos ciertamente que estuvo allí en ocasión de un viaje que hizo desde Córdoba, allá por 1742. En efecto, en un libro de cuentas del Procurador del Colegio de Santiago del Estero que abarca Mayo del año citado, se halla la anotación siguiente: « it. 2 ps. que dí al P. Falconer para su avío y 3 a su fletador » ⁽¹¹⁾. Otra anotación de la misma época, Mayo de 1742, en un « Ajuste de cuentas de Oficio de Procurador », esta vez de Córdoba, hace constar:

« it. 2 pesos que dí al P. Falconer para su avío
 » 3 » y 4 reales para su flete
 » 7 » y 4 reales por 2 varas de Cordillate
 4 varas de panete y 4 varas de lienzo, que dí a 9 etc.
 de 4 l. que dí *al que llevó al P. Falconer* » ⁽¹²⁾.

Por la identidad de fechas relacionamos ambas anotaciones y también un pasaje de una carta que desde Córdoba escribiera el P. Morales con fecha 5 Mayo de 1742, la fecha de marras, y que dice: « Pesé la cera que trajo el P. Falconer y hallé que eran 972 libras

⁽¹¹⁾ FURLONG CARDIFF, l.c. pág. 25.

⁽¹²⁾ C. LEONHARDT, *La preparación científica de los antiguos jesuitas andino-platenses*, en la revista *Estudios*, Tomo XXV, Buenos Aires, 1923.

buenas» (13). Si a todo esto agregamos lo que Falkner nos dice en la pág. 46 de su obra: « Los principales artículos de comercio en Santiago del Estero son *la cera y la miel*, de las que hay gran abundancia en las inmensas selvas del otro lado del Salado. Grandes cantidades de estos artículos se extraen de los huecos en los árboles podridos, y se venden por todas partes en las provincias vecinas ». Tenemos pues constancia de que Falkner hizo un viaje a Santiago del Estero por Mayo de 1742, época de su tercera probación, y que de él trajo cera, ya que es lógico suponer que la trajera de la región que en el país la producía. Es conveniente puntualizar eso, porque otros autores han gratuitamente supuesto que estas constancias se referían o otros viajes.

De muy escaso valor etnológico es, empero, lo que Falkner nos cuenta de la región aludida; se limita a describirnos el país, la flora y ciertas costumbres de los mestizos, de carácter regional.

La segunda zona del país cuya descripción demuestra a todas luces un conocimiento personal del autor, es la que corresponde a la provincia de Córdoba. Por los datos anteriormente señalados sabemos que en la docta ciudad pasó sus años de preparación misionera y luego, de regreso de sus andanzas por las misiones jesuitas del sudeste de Buenos Aires, se radicó allí, ejerciendo su doble profesión de médico y sacerdote, sin dejar de cultivar, en lo que le fué posible, sus aficiones de naturalista. En estas circunstancias seguramente que no desperdició ocasión de excursionar la región cordobesa, y los diversos datos, sobre todo botánicos, que se encuentran desparramados en su libro y que van referidos a esta zona, son buena prueba de ello.

Desde Córdoba se adentraría también en la pampa cordobesa que describe, con conocimiento de causa, en las páginas 54 y 55. Ahí hubo de tener su primer contacto con los naturales de la llanura cuyo misionero fuera después, y también su relator literario. Nos referimos a los antiguos *Pampas*, la población pre-araucana de nuestras llanuras centrales. Al describirnos, en su capítulo segundo, la jurisdicción de Córdoba y tratar de la región al sur del río Segundo, expresa: « la primera vez que entré por aquellos lugares dí con alguna gente de estos indios que aún se mantenía poblada en las márgenes de los ríos Segundo y Tercero... ». El hecho de referirse a la *primera vez* indícanos que hizo otras visitas a la región aludida. De ahí que creamos poder relacionar esta excursión al sur de

(13) FURLONG CARDIFF, l. c., pág. 25.

Córdoba con un pasaje de la página 48 que, al mencionar las grandes manadas de caballos alzados que por la época recorrían la inmensa región, refiere: « Se lo andan de un lugar a otro contra el viento, y en un viaje que hice al interior, el año 1744, hallándome en estas llanuras durante unas tres semanas, era su número tan excesivo que durante 15 días me rodearon por completo... *Otras veces* he transitado por toda esta misma región sin ver uno solo de ellos ». En ambas citas se refiere a la Pampa, y en las dos menciona haberla recorrido repetidamente. Ignoramos, a ciencia cierta, el punto en que por la época estaba radicado Falkner, y por lo tanto también el lugar preciso de los hechos aludidos. Mas de todas maneras, la Pampa, tanto la cordobesa como la bonaerense, era el habitat de los nombrados indígenas. Otros autores han expresado su opinión en el sentido de que este viaje de 1744 había tenido como meta el lejano sur, aunque sin aportar argumento válido ninguno en su favor.

En la desembocadura del Carcarañá vivió nuestro misionero de 1752 a 1756, como administrador de una estancia jesuita. Y es también ésta, precisamente, otra de las regiones que Falkner describe con lujo de detalles y hablando a menudo como actor. « Yo en persona descubrí la coraza de un animal que constaba de unos huecesillos hexágonos... » dice, página 60, al relatar el hallazgo, en esta región, de numerosos restos de animales extintos. « En mi primer viaje aguas arriba del Paraná, en 1752, con el objeto de cortar madera... », tal comienza al describir su encuentro con un yacaré. De esta estadía, así como de varios viajes entre Santa Fé y Buenos Aires, deriva su conocimiento de la región; mas es ello también sin valor para la etnología.

En cambio, sí lo tiene, y muy grande, su residencia en las misiones jesuitas del sureste de Buenos Aires. El capítulo tercero de la « Descripción de la Patagonia » contiene innumerables detalles topográficos de la zona que sólo una larga residencia en ella puede permitir. Aquí, sobre todo en la misión del *Pilar*, que se fundara principalmente debido a sus esfuerzos personales, es donde sacó el mayor provecho de sus continuadas relaciones con los indios que frecuentaban aquellas misiones. *Pampas y Serranos, Araucanos argentinos y Patagones*, mantenían estrechas relaciones con nuestro misionero. Aquí tuvo ocasión de estudiarlos de cerca y de informarse por ellos de las tierras del interior y de los demás habitantes. Uno de sus principales informantes fué el cacique serrano Cangapol: « Lo traté mucho e íntimamente e hice varios viajes con él... »

nos dice en la página 40. Poco antes, página 39, expresaba refiriéndose al mismo caudillo: « He tratado de dibujar su retrato por lo que me acuerdo de él. Su persona y su traje están representados en el mapa, como también los de su mujer Huenec ». No hay duda, pues, de que tuvo buenos informantes y mejores medios de información en cuanto se refiere a aquellas agrupaciones étnicas. Es por eso que sólo los datos referidos a ellos son los que tienen pleno valor, y lo poseen muy escaso, por no decir nulo, los que van referidos a pueblos que no frecuentaban estas reducciones, verdaderas avanzadas de la civilización.

Desde aquí incursionaría la región de la costa y del interior, en viajes de exploración, aunque sin alejarse mucho de aquellos centros, pues nunca llegó hasta la Sierra de la Ventana, que sólo conoce por los relatos contradictorios de los indios.

IV

Hay autores que no conociendo sino superficialmente la « Descripción de la Patagonia », han puesto en solfa muchos datos de Falkner y hasta dudado de su buena fe.

Sin embargo, es ello una manifiesta injusticia, que sólo el *modus operandi*, sin un criterio de crítica científica, puede disculpar. Porque, en efecto, pocos autores coloniales se han preocupado tan honradamente en dar exacta cuenta del origen de los datos contenidos en sus libros, cual lo ha hecho Falkner. « Donde no me ha sido dable penetrar » — dice de un modo general, en la página 39, nuestro autor — « me he valido de relaciones de indios naturales y de cautivos españoles que habían vivido años entre ellos y posteriormente habían sido rescatados. Entre los tantos que me sirvieron de informantes estaba el hijo del capitán Mansilla, de Buenos Aires, quien vivió prisionero seis años entre los Tehuelhets y que había recorrido la mayor parte de la región de aquellos indios; y también el gran cacique *Cangapol*, que vivía en *Huichin* sobre las márgenes del río Negro... »

A veces son las mismas frases del libro las que han dado asidero a las malas interpretaciones de su contenido, y hacen aparecer al autor como habiendo conocido personalmente todo el país por él descrito; y resultando luego que sus datos geográficos no son siempre exactos, de acuerdo con los conocimientos alcanzados hoy, los críticos superficiales tienen fácil trabajo. Uno de los párrafos

de la edición española de Lafone Quevedo que más daño ha hecho al respecto, es el de la Introducción, página 39, en que dice: « En la descripción que hago del interior, por lo general me he ajustado a las propias observaciones, porque *lo he recorrido casi por entero...* ». Benigar, que poco antes rechazara la opinión expresada por Zeballos de que Falkner era un simple embustero, y adherídose a la de Lehmann-Nitsche que creía más bien que el misionero inglés no había sido bien interpretado, ve sin embargo, en el párrafo transcrito, « una afirmación que parece un embuste o una mentira consciente » por parte de Falkner. Ahora bien; si Benigar hubiese cotejado la edición original inglesa, se habría percatado de que no es precisamente eso lo que dice nuestro autor. « I have in general, followed my own observations; *having travelled over great part of it...* ». Y cualquier mediano conocedor de la lengua de Shakespeare sabrá que *great part* no será nunca *casi por entero*.

Por lo tanto, no se puede, lógicamente, hacer responsable al autor de los errores de su traductor, ni dudar de su buena fe cuando describe, equivocadamente, lo que personalmente no conoció, máxime cuando él mismo se encarga de hacernos saber, casi siempre, el origen de sus conocimientos.

Falkner, no sólo advirtió, de un modo general, la procedencia de los datos por él relatados, sino que también cita especialmente, al menos para el lector advertido, el origen de cada noticia cuando no la ha podido observar él personalmente. Y en este último caso están, en principio, todas las noticias sobre regiones de las cuales no poseemos constancia documental de que fueran visitadas por nuestro autor o vivido en ellas.

Ya hemos dicho que Falkner no hubo de alejarse mucho en dirección al sur, de la región del sistema orográfico del Volcán, no habiendo conocido la Patagonia propiamente dicha. Al tratar, en la página 82, de esta dilatada región, expresa: « El territorio de los Tehuelhets y otras naciones de la Patagonia colinda con la parte occidental de esta tierra incapaz de ser poblada... *según la relación de ciertos españoles cautivos...* toda esta región consta de colinas bajas... ». Aquí indica claramente de donde procedían sus noticias referentes a la región, y lo mismo hace con los datos que trae de algunas zonas aisladas. Del Nahuel-Huapí, por ejemplo, dice que « es uno de los más grandes que forman las aguas de la Cordillera; *según lo que nos cuentan los misioneros chilenos*, mide unas 15 leg. de largo » (pág. 78). Y otro tanto sucede con lo que dice de las Malvinas, página 86: « Lo que de ellas contaré se deriva de las rela-

ciones que obtuve de varios de los oficiales españoles que pasaron a recibir las islas del poder de los franceses...»

Otra frase, en el texto de Falkner, que fácilmente puede inducir a error, es la de la página 82 en que, hablando de los ríos de la Patagonia dice que en cuanto al río Camarones que figura en el mapa de D'Anville, los expedicionarios de 1746 a bordo del San Antonio no dieron con él, «aunque *entramos* en esta anchurosa bahía de San Jorge. El hablar así, en primera persona de plural, podría hacer creer que el autor formara parte de la expedición. Mas, es sabido que Falkner no participó de ella, sino que los expedicionarios fueron Strobel, Cardiel y Quiroga. Se tratará, sin duda, de un error de transcripción, sobre todo si tenemos presente que seguidamente después, en la misma página 82, y refiriéndose siempre a la misma expedición habla en tercera persona de plural y dice: «En la bahía de los Leones *los españoles desembarcaron* sin dar con río alguno...», y algo antes, en la página anterior, escribe: «Del viaje realizado en 1746, resultó que no había río alguno en toda aquella costa... a pesar de que... *desembarcaron los españoles y también los misioneros* que viajaron por toda aquella comarca».

Lo mismo sucede con la región del extremo sureste de Buenos Aires. Al tratar de los ríos Colorado y Negro, claramente deja entrever que no los vió personalmente. «No me es posible admitir que haya tanta distancia entre el Primer (Colorado) y Segundo Desaguadero (Negro), *pues todos los indios aseguran* que los dos ríos le entran al mar no muy lejos uno del otro...», expresa en la página 79. Por lo tanto no llegó nunca a estos ríos.

Tampoco conoció el norte de la actual Argentina más allá de Santiago del Estero. Son innumerables los datos que así lo demuestran. Tratando del fruto del algarrobo, dice en la página 44: «He visto también una cuarta clase de estas vainas, *procedentes del Chaco*... eran, *según me aseguró el misionero que me las trajo*, el fruto de un árbol grande...». En la página 45, hablando del lapacho, árbol común en la región chaqueña: «*Nunca lo ví en su propia naturaleza*, pero sí grandes trozos... que se exportaban a España...». En la 46 trata de nogales silvestres: «He visto algunos *que habían sido traídos de Tucumán*...». Más adelante, en la página 52, habla extensamente de «esa especie de té» que él mismo descubriera, y después de anotar que se encuentra en la región cordobesa dice: «*he sido también informado* que en Tucumán, Salta, etc., que están más cerca del Perú, se produce en aún mayor abundancia». Difícil resulta fijar hasta dónde se internó, desde las misiones, en dirección

oeste; mas puede asegurarse que no llegó hasta la Sierra de la Ventana, ni, tal vez, hasta Sierra Baya.

No hay duda, pues, de que la porción de territorio conocido personalmente por Falkner se reduce a las cuatro zonas aludidas en el precedente capítulo. El autor de la « Descripción de la Patagonia » no conoció a la Patagonia propiamente dicha, ni el Chaco, ni el interior de la Pampa.

El P. Strobel, en carta escrita en Pilar, con fecha 23 de Junio de 1748, se queja de la ausencia de su compañero Falkner. ¿Dónde se hallaba?, pregunta Leonhardt, agregando: « Allí seguramente se menciona una de sus largas excursiones al sur »⁽¹⁴⁾; aunque omitiendo darnos mayores detalles. Furlong es algo más explícito, pues dice que en esta ocasión Falkner estaba empeñado en « otra entrada que duró más de ocho meses »⁽¹⁵⁾. Ignoramos de donde sacaron ambos autores sus datos. Pero de todas maneras esos largos viajes son imposibles. Por el testimonio del P. Cardiel⁽¹⁶⁾ sabemos que a fines de Abril de 1748, Falkner se encontraba en *Pilar*, y en Septiembre, en Buenos Aires⁽¹⁷⁾; luego, a 20 de Noviembre, sabemos de su llegada a Pilar⁽¹⁸⁾. Por lo tanto su ausencia no pudo durar « más de ocho meses » ni tampoco emplear este tiempo en « una nueva entrada », ya que se hallaba en Buenos Aires.

IV

« Las naciones de indios que habitan estas tierras se distinguen entre sí con los nombres generales de *Moluches y Puelches* ». Así, con esta distinción fundamental equivalente a *Araucanos* y *no-Araucanos*, comienza Falkner su capítulo IV que va dedicado a la « descripción de los habitantes de la parte más austral de América ».

Ambas denominaciones son araucanas y significan « hombres del

⁽¹⁴⁾ LEONHARDT, l. c., pág. 37.

⁽¹⁵⁾ FURLONG CARDIFF, l. c., pág. 32.

⁽¹⁶⁾ *Diario de viaje, et.*, edición de Outes citada: « A 20 de este mes de Abril de 1748 llegué al comenzado Pueblo del Pilar, donde estaba mi compañero el P. Tomás Falconer con el Padre Mathias Strobel. . . » pág. 255-6.

⁽¹⁷⁾ En septiembre del mencionado año de 1748, el P. MANUEL GARCIA escribía desde Buenos Aires a Concepción: « El P. Tomás Falkner discurso que irá con Xelves si halla caballos y está bueno, por que hoy se ha sentido algo indispuerto. . . »

⁽¹⁸⁾ Carta del P. STROBEL de 20 de Noviembre de 1748 desde Pilar, a Concepción: « Con el P. Tomás llegó acá Juancho Manchado. . . ». LEONHARDT, *La misión de indios Pampas*, XXVI, pág. 50.

occidente » la primera, y « hombres del oriente » la segunda. De la falta de precisión inmanente a todo gentilicio de origen geográfico, deriva el doble sentido que en la « Descripción de la Patagonia » tienen los aludidos vocablos araucanos.

« Los *Puelches*, o gente oriental (así llamados por los de Chile, porque vivían a la parte del este) lindan por el oeste con los *Moluches* hasta dar con el estrecho de Magallanes, que es su límite hacia el sur; por el norte parten términos con los españoles de Mendoza, San Juan, San Luis de la Punta, Córdoba y Buenos Aires, y por el este con el mar océano. Se llaman de diferentes modos, según la colocación de sus tierras, o porque en su origen eran de generaciones diferentes » (pág. 91).

En esta forma define Falkner el término « puelche » en su sentido lato de « nombre general ». Como se ve, significa sencillamente algo así como « los que moran al este de los Araucanos ». Ciertamente, es una inconsciente exageración por parte de nuestro autor alargar hasta el estrecho el habitat de los *Araucanos*; mas a su debido tiempo se cuida Falkner de restringir el concepto, y podemos por lo tanto hacer caso omiso de ello. Tenían los *Araucanos* la costumbre de llamar « puelche » a los grupos étnicos de otro origen radicados al este de la Cordillera y que eran sus naturales vecinos por el oriente. Y desde los primeros tiempos de la Colonia conocemos pueblos de aquende los Andes que, encontrándose en las circunstancias aquellas, eran llamados *Puelches* por los de Chile.

En esta situación está, ante todo, un grupo de *Puelches* que tenía su habitat sobre el Limay, en las cercanías de Nahuel-Huapí. A pesar de la influencia absorbente a que se vió sometido por los *Araucanos* en los posteriores tiempos, este pueblo supo mantener su idiosincrasia hasta cerca de nuestros días, y también el recuerdo del antiguo calificativo araucano que, en el siglo pasado, renovara Alcides D'Orbigny. Como en lo sucesivo estos indios han sido bien conocidos, y también su idioma, les reservamos capítulo aparte.

Otra agrupación étnica que por hallarse en las mencionadas circunstancias fuera también denominada *Puelche*, vivió desde antiguo en la región precordillerana del sur de Mendoza, a la sombra del Payén. Pero al contrario de lo que ocurriera con los *Puelche-Genaken*, que es a quienes aludimos antes, estos *Puelches* mendocinos no pudieron contener la arremetida de ultra-cordillera, y fueron completamente absorbidos por los *Araucanos*. Desgraciadamente, es muy poco lo que de ellos nos queda; en lo esencial sólo algunos datos dispersos en las viejas fuentes, y entre ellos el recuerdo de su

idioma no-araucano. En la época de Falkner, mediados del siglo XVIII, todavía se conservaba su lengua particular, a pesar de hallarse ya en un estado de araucanización tal que nuestro autor los incluye entre sus *Moluches* y los denomina *Picunches* con el nombre que, dice, les daban los *Pehuenches* araucanos que limitaban por el sur con ellos, aunque no olvidándose el buen padre de dejar debida constancia de que eran ellos los que en Chile se conocían por *Puelches*. En el estado actual de nuestros conocimientos no nos es, empero, posible precisar el grado de afinidad que uniera a este pueblo con los *Puelches* primeramente nombrados, ni tampoco con los otros que pasaron luego a ocupar su lugar. De estos *Puelche-Picunches* tratamos también más adelante.

Ahora, araucanizados estos *Puelches-Picunches* del sur de Mendoza y extendiéndose hacia el oriente los *Pehuenches*, el límite araucano quedaba desplazado en dirección este, y otras agrupaciones étnicas rioplatenses se hallaban en situación de « puelches ». El pueblo al cual tocó ahora partir términos con los Araucanos, y por ende ser llamado *Puelche*, fué el que aquende la Cordillera era conocido, por razones de habitat, con el nombre de *Pampas*.

Era la época de Falkner época de transición. Por aquellos tiempos empezaba la Pampa a saturarse del elemento araucano, pujante, que tendía a dominarlo todo. Ya no sólo había avanzado en compacto grupo hasta el Chadileufú, sino que rebasando esta circunstancial frontera pehuenche ⁽¹⁹⁾ se infiltraba y mezclaba con el otro elemento al cual iba pronto a absorber por entero: con los antiguos *Pampas*.

El estado de « puelche » era, pues, una situación preparatoria de la absorción final, de la araucanización completa. Por el momento, estos *Pampas* eran sólo *Puelches*, y a ellos se refiere nuestro autor cuando emplea este vocablo en sentido estricto, el cual a veces tiene simplemente el valor de: indios *Pampas*.

Es éste un término que desde antiguo empleaban los españoles para designar a las hordas nómadas y cazadoras que recorrían la inmensa llanura central argentina. Con su cultura precaria, de tipo austral hubieron de pertenecer a esta bella variedad del hombre americano que el célebre investigador D'Orbigny fuera el primero en llamar « raza pampeana ».

Falkner, en parte alguna de su obra nos habla de estos indios como de una unidad. Los indígenas que él denuncia como habitado-

(19) Ver más adelante.

res de la gran llanura que era, reconocidamente, el habitat de los *Pampas*, constituían dos distintas «naciones», a quienes atribuye los nombres de *Taluhets* y *Diuihets*, y trata de ellas por separado. La primera de ellas, que nuestro autor designa también por *Puelches del Norte*, ocupaba esencialmente la parte septentrional y central de la pampa húmeda, es decir, el sur de las provincias de Córdoba y Santa Fé y el noroeste de la de Buenos Aires, extendiéndose hacia el poniente por la región puntana hasta el Desaguadero. «Antiguamente había gente de esta nación en el distrito de Buenos Aires, cerea de los ríos de Luján, de las Conchas y de la Matanza; pero ya han desaparecido» (pág. 92). En cambio, la otra «nación» vagaba más bien a través de la pampa seca o «del monte», es decir, en lo capital dentro del actual Territorio Nacional La Pampa. Ambas «naciones» eran poco numerosas debido a las muchas pérdidas sufridas en sus muchos malones.

A pesar de que Falkner descomponga a nuestros *Pampas* en dos «naciones» distintas, hubieron ellos de constituir una sola unidad. En primer lugar porque no se debe conceder demasiada importancia al calificativo de «nación» cuando va referido a grupos de primitivos en fuentes antiguas; los autores barajaban conceptos tales como nación, tribu, generación, etc. y les daban un mismo impreciso significado. Aún hoy día se suelen utilizar indistintamente; cuanto más en la época de Falkner con su escasa cultura científica. Luego, el mismo autor nos dice que la nación de los *Taluhets* «y la de los *Diuihets* son las que los españoles designan con el nombre de *Pampas*» (pág. 92). Y por último, porque de un detenido estudio del libro de nuestro misionero surge indefectiblemente la convicción de que ambas agrupaciones se hallaban estrechamente unidas racial y culturalmente.

Que racial y culturalmente formaban una sola unidad, lo demuestra el gran número de coincidencias de que ambos grupos hacen gala en las páginas de la «Descripción de la Patagonia». En efecto, son muchos los pasajes en que nuestro autor enlaza a *Taluhets* y *Diuihets* frente a un hecho cultural, y los opone a los demás grupos vecinos que seguían una orientación divergente.

Esto es, por ejemplo, lo que sucede cuando nos habla de su economía. Al referirse a los dos grupos citados, expresa Falkner: «Estas dos naciones por lo general comen carne de yegua, que cazan en pequeñas partidas de treinta o cuarenta indios en las pampas inmensas que separan a Mendoza de Buenos Aires», agregando luego que «si la casualidad quiere que los *Tchuelhets* o los *Chechets*

estén alcanzando el Casuhati [i. e. Sierra de la Ventana] o el Vuulcan o el Tandil en el momento en que los *Diuihets* y *Taluhets* están por retirarse con su botín, aquellos les empiezan a picar la retaguardia... matan a los que se resisten, despojan a los demás de cuanto tienen y se adueñan del botín» (pág. 92). Por lo demás, ambos grupos eran nómadas de la llanura y desconocían el cultivo del suelo. En el hecho de que las mujeres pampas tejieran « unos hermosos mantos de hilo de lana, teñidos con mucho arte y de diversos colores » frente a los demás grupos, que no conocían el arte de tejer (pág. 112), deberemos ver el influjo de la araucanización progresiva de nuestros *Pampas*.

Y no solamente su vida material era idéntica, sino que idéntica era también su vida espiritual. Por un lado, las mismas prácticas funerarias, denotadoras de las creencias relacionadas con la vida y la muerte. En la página 104 de su libro nos relata Falkner la manera de que se valían *Taluhets* y *Diuihets* para convertir en esqueleto el cadáver; su procedimiento, la inhumación, era distinto del de los demás indios vecinos que practicaban la exposición.

Detalladamente expone el célebre libro la creencia de los naturales en dos seres superiores, uno bueno y otro malo. Con referencia al primero dice: « Los *Taluhets* y *Diuihets* le dan el nombre *Soychu*, que en su lengua significa « el Ser que manda en el país de la bebida fuerte », mientras que los demás indios tienen otro nombre y otro concepto (pág. 101). Luego, más adelante, trata del Espíritu Malo con las frases siguientes: « Para los *Tehuelhets* y *Chechehets* es *Atskannakanatz*, y para los demás *Puelches* [i. e. *Taluhets* y *Diuihets*] *Valichu* ». Por consiguiente, los dos grupos a quienes llamaban *Pampas* los españoles, tenían los mismos conceptos espirituales, expresados de la misma manera, con términos idénticos.

De lo que antecede, es lógico deducir que nuestros *Pampas* tenían, también, su idioma propio, y las fuentes contemporáneas de Falkner nos hablan diversamente de ello. El P. Manuel Querini, por ejemplo, que fuera Superior del pueblo de Concepción de los Pampas y que tenía, por ende, que conocer el asunto, nos dice de la « lengua particular » de estos indios ⁽²⁰⁾. En Falkner mismo hay sólo pequeños restos de él; mas Lehmann-Nitsche los supo aprovechar, junto con otros en otras fuentes coetáneas, para formar con

⁽²⁰⁾ Ver, R. LEHMANN-NITSCHÉ, *El grupo lingüístico « Het » de La Pampa argentina*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XXVII, pág. 64.

ellos lo que denominó primeramente « lengua het », y luego idioma « chechehet » (21).

V

Dada la importancia que tiene el asunto, vamos a detenernos algo en lo que respecta a la mencionada « lengua het ». Ya hemos dicho que ella fuera instituída por Lehmann-Nitsche reuniendo algunos restos hallados en Falkner y en otros autores jesuitas de la época.

Este procedimiento de Lehmann-Nitsche ha sido diversamente criticado. Uno de sus detractores, J. Benigar, en la monografía reiteradamente citada, leída ante la Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires, arguyó ser « prematuro y arriesgado crear lenguas con 10 vocablos, quizá mal escritos, y de cuya pronunciación nada sabemos » (22). Mas, no es eso precisamente de lo que se trata, y en modo alguno se crea ninguna lengua nueva; se quiere sencillamente fijar los restos de un idioma de cuya existencia pretérita se sospechaba, y del cual hay rastros en la obra de Falkner. Por lo demás, es indiscutible que, metodológicamente, el procedimiento ha sido correcto. Cuando en una determinada región nos hallamos ante una serie de vocablos literariamente atestiguados y con una significación determinada que no corresponden por su fonetismo ni por su significado a los idiomas ya conocidos de la misma región o de otra cualquiera, tienen ellos forzosamente que haber pertenecido a alguna otra lengua desconocida, pues no es verosímil que el significado de estos vocablos, y sólo de éstos, hubiera cambiado. Por consiguiente adjudicaremos a estas palabras el valor de restos de un idioma extinguido, o que existiera antes en esta región. Y esto es, en suma, lo que hizo Lehmann-Nitsche.

Si por una parte debemos considerar como correcto y necesario el reunir los vocablos de esta lengua extinta, pero todavía viva a mediados del siglo XVIII, que se hallaban dispersos en la obra de nuestro misionero y en otras fuentes jesuitas contemporáneas de Falkner, no podríamos decir otro tanto del procedimiento simplista, rebotante de subjetivismo, que emplea Lehmann-Nitsche para conceder carácter de *Araucanos* a los *Pampas antiguos* y atribuir la

(21) Véase LEHMANN-NITSCHÉ, *El idioma chechehet. Pampa bonaerense. Nombres propios*, *Revista del Museo de La Plata*, tomo XXXII, 1930.

(22) Ver extracto de la conferencia en *La Nación* de Buenos Aires, número del 26 de Septiembre de 1926.

« lengua het » a los *Chechehets*. Llega a tal resultado aquel autor, haciendo caso omiso de los detalles que nos da Falkner y ciñéndose exclusivamente a la interpretación, a todas luces capciosa, de los nombres de los caciques de las diversas « naciones » que nos ha conservado la « Descripción de la Patagonia ».

Si en cambio analizamos, objetivamente, la obra de Falkner veremos que hay en ella muchos datos que se oponen a una tal tesis, y que en cambio proclaman que la « lengua het » era la propia de los *Pampas*, entre los cuales no se cuentan los *Chechehets*.

Veamos, primeramente, lo que dice Falkner en la página 93 de su libro: « Los Tehuelhets, conocidos en Europa con el nombre de Patagones han sido llamados con el nombre de *Tehuelchus* por los que no entienden la lengua; pues *chu* significa « tierra » o « residencia », y no « gente », lo cual se expresa con la palabra *het*, y más al sur con la otra *kunnee* o *kunny* ». Aquí, pues, nuestro autor se ubica a sí mismo en un determinado lugar del mapa y exclama: aquí, en esta región, por « gente » se dice *het*, y más al sur, se traduce el mismo concepto por *kunnee* o *kunny*. Ahora bien; el punto ese en que se coloca nuestro autor no puede ser otro que la porción de la Pampa bonaerense donde se encontraban establecidas las misiones jesuítas y donde Falkner pasara varios años en contacto íntimo con los indígenas y conocido los rudimentos de sus idiomas; en esta región, habitat de los *Pampas*, se decía *het* por « gente ». Por otra parte, el término *kunnee* o *kunny* es la transcripción que da Falkner, con ortografía inglesa, del vocablo *künnü* que significa, efectivamente, « gente » en el idioma de los *Genakenn*. Estos indios, que D'Orbigny llamara *Puelches* y que nosotros para evitar confusiones llamaremos *Puelche-Genakenn*, han morado hasta hace poco en la región de los ríos Colorado y Negro, siendo los *Chechehets* parte de ellos como luego veremos.

Tenemos, pues, que según el párrafo transcripto, había una región de habla *het* que se hallaba situada al norte de otra de habla *künnü*. Dado que esta última es bien conocida, y que corresponde a la de los ríos Colorado y Negro, resulta evidente que la región situada al norte de estos ríos, o sea la Pampa, era la de habla *het*. Con lo cual queda demostrado que *Taluhets* y *Dihuihets*, cuyo habitat era la gran llanura, eran de idioma *het*.

Pero otra prueba podemos aun aducir sacada del pasaje que nos ocupa. Resulta de él evidente que la palabra *chu*, con el significado de « tierra, país, residencia » pertenece al mismo idioma que la otra palabra *het*, con el significado de « gente ». Por consiguiente, es muy

probable que las demás palabras citadas por Falkner y que contienen esta partícula, pertenezcan también al mismo idioma.

Ahora bien; nuestro autor menciona dos conceptos, ambos pertenecientes al orden espiritual, que contienen aquella partícula. Se trata del nombre que dan *Taluhets* y *Dihuihets* al Ser bueno, y el otro nombre que dan los dos mismos grupos al Espíritu Malo. Como los demás grupos tienen nombres especiales, que también nos da Falkner, resulta de todo punto evidente que tanto *Soychu* como *Valichu* eran conceptos pampas, y que los *Pampas* eran los de « lengua het ».

Y un tercer argumento vamos a utilizar todavía. El gentilicio «chechehet» está compuesto por la partícula *het*, que con el significado de « gente » pertenece a esta lengua, y por la palabra « cheche ». No nos da Falkner la traducción de este último concepto, ni dice tampoco a qué idioma pertenece; mas es casi seguro que es propio de la lengua de los modernos *Puelche-Genakenn*. En efecto, D'Orbigny trae el vocablo *chex-chez*, con ortografía francesa, que atribuye a aquellos indios, y lo mismo hacen Carlos Ameghino con *shet-she* y Lehmann-Nitsche con *shätr-shä*; parece pues estar asegurada su pertenencia al idioma *genakenn* (23).

El nombre gentilicio «chechehet» sería pues de composición heterogénea, correspondiendo a la lengua *het* sólo la última partícula, y el componente principal sería extraño a ella; su traducción en la lengua *het* sería por ende la de « gente cheche » o « gente del país cheche ». Su origen se debería a que nuestros *Pampas* hubieron de aceptar el nombre extraño que sus vecinos por el sur empleaban ya sea para designarse a sí mismos, en lo cual deberíamos ver un resabio del totemismo (24), o bien aquellos oírían frecuentemente el vocablo de boca de éstos y lo motejaran así. Todo esto es muy verosímil.

En cambio, si, como se pretende, fueran los *Chechehets* de idioma *het*, entonces no tendría explicación plausible el hecho de que se conocieran a sí mismos con un nombre extraño y que correspondía a la lengua de unos indios situados más al sur que ellos, y por ende más apartados de las misiones y de los españoles.

(23) En los tres autores el concepto no es solamente el mismo, con la misma fonética, sino que también es la misma su significación; ella sería la de « tuco-tuco ». Ver LEHMANN-NITSCHÉ, *El grupo lingüístico Het de la pampa argentina*, pág. 51.

(24) De estos hay unos cuantos que afloran, *passim*, en la obra de FALKNER. En la pág. 102, verbigracia, se lee: « Se han imaginado una multitud de estos dioses, uno de los cuales creen que rige los destinos de cada stirpe o familia de indios, que se supone haya creado él. Unos se dicen casta del tigre, los otros del león, algunos del guanaco, como otros del avestruz, et. ».

Resumiendo y considerando todo lo expuesto, creemos que ya no puede haber duda alguna de que la lengua llamada « het » por Lehmann-Nitsche era la propia de los *Pampas* pre-araucanos, y que por consiguiente ella debe sencillamente ser llamada «lengua pampa» ⁽²⁵⁾.

VI

Un segundo grupo de aborígenes, aproximadamente de las mismas cualidades físicas de los *Pampas* y pertenecientes, también, a la misma raza pampeana, era conocido de los españoles del siglo XVIII por el nombre de *Serranos*.

Durante mucho tiempo no se ha podido identificar a estos indios, pues la obra de Falkner tampoco habla de ellos como de una unidad. A pesar de ello, el libro del célebre misionero contiene también la solución del problema: en su página 93 expresa que los españoles llamaban *Serranos* a los grupos que él conoce por *Tehuelhets* y por *Chechehets*. Veamos quienes eran éstos.

Consideremos primeramente a los *Tehuelhets*. Este concepto pertenece al idioma pampa y significa « gente austral » (pág. 91), como corresponde a un pueblo que en realidad moraba al sur de ellos. Mas al igual que lo que hemos visto sucedía con el término « puelche », tampoco el de « *Tehuelhets* » tiene siempre el mismo sentido en la obra de Falkner.

El país situado al sur del propio habitat de nuestros *Pampas* que, como hemos visto, era la Pampa misma, fué conocido por ellos como « Tehuelchu », o sea « país tehuel » o del sur. Ya hemos visto que Falkner no conocía *de visu* a esta región y que sus datos los debe a los informes que le suministraban los indios que frecuentaban las misiones de *Pilar*, *Concepción* y *Desamparados*. Pero también los cautivos españoles rescatados le proporcionaban datos. « Entre los tantos que me sirvieron de informantes — nos dice en la página 39 — estaba el hijo del capitán Mansilla de Buenos Aires, quien vivió prisionero seis años entre los *Tehuelhets* y que había recorrido la mayor parte de la región de aquellos indios y también el gran cacique Cangapol, que vivía en *Huichin* sobre las márgenes del río Negro ». A éstos, pues, debe sus informes sobre el « Tehuelchu » nuestro misionero.

⁽²⁵⁾ Terminado ya este trabajo nos enteramos de que SERRANO, en su obra titulada *Los primitivos habitantes del territorio argentino*, Buenos Aires, 1930 había ya expresado opinión en el mismo sentido, aunque incluyendo a los *Chechehets* entre los *Pampas*. Ver obra citada, pág. 130 y 133.

Del hecho de que el término «tehuel» sea geográfico, deriva la doble acepción que le da Falkner al gentilicio «tehuelhet». Por una parte llama así, en sentido general, a todos los habitantes del sur, y por otra, en un más estricto sentido, denomina de tal manera a los indios situados inmediatamente al sur de los *Pampas*, en la región de los ríos Colorado y Negro. Ciertamente es que al tratar de la distribución precisa más y, cual hace en la página 93, divide a estos indios en *Tehuelhets del río*, o Leuvuche en araucano, y en *Tehuelhets de la sierra*, o Calillehets.

Como habitat de los *Tehuelhets del río* (Leuvuches) nos indica Falkner la región del río Negro; de ahí les viene el nombre con el cual serían conocidos en las misiones, donde los misioneros se servían preferentemente del idioma araucano como lengua general, no sólo en razón de la importancia que habían adquirido, por la época, los indios de este origen en la pampa, sino también por la facilidad de tener reducido a «Arte y Vocabulario» el mencionado idioma (24). En dirección norte alcanzarían al Colorado, pues en la página 94 dice que limitaban con los *Pampas-Dihihets*; ya antes, en la 48, nos había hablado de la región leñosa al norte del Colorado que formaba el límite entre ambos pueblos de idioma distinto. Por el este, sus límites se confundirían con los de los *Chechehets*, sus compañeros de fórmula serrana. Hacia el oeste no conocemos sus límites exactos; sólo sabemos que partían términos con *Araucanos* (Pehuenches y Huilliches), y que éstos llegaban hasta más acá del lago Nahuelhuapí (pág. 91). Como, por otra parte, el cacique de los «del río» Cangapol o el Bravo, residía en *Huichin* (pág. 39), y este lugar habremos de situarlo entre los ríos Colloncurá y Picunleufú (25), es muy probable que el curso inferior del primero de

(24) El P. LUIS VALDIVIA publicó su célebre *Arte y Vocabulario de la lengua de Chile*, en Lima y 1606. Sabemos que en las misiones de *Pampas y Serranos* existían ejemplares de esta obra para uso de los misioneros.

(25) Todos los autores ubican a este lugar, residencia de *Cangapol*, demasiado al este, fundándose en que, según FALKNER, se hallaba «sobre el río Negro». Mas hay que tener en cuenta que para nuestro misionero, el río Negro no terminaba en la confluencia de los actuales Neuquén y Limay, sino que este último, en la carta que acompaña su libro, queda reducido al pequeño tramo entre el Nahuel Huapí y la desembocadura del río que FALKNER llama Olgen y que no es otro que el actual Colloncurá, cual lo demuestra el hecho de salir del lago Huechun Lauquen, (pág. 77); por lo demás, la mayor parte del actual Limay lleva el nombre de río Negro.

Luego, el mismo FALKNER nos dice que Huichin estaba a 6 jornadas de la ciudad de Valdivia (pág. 94) y a una y media de un río que «se llama Pichi Picuntu Leuvú» que corre de noroeste a sureste (pág. 77); el cual no puede ser sino el

estos ríos constituyera el límite entre *Huilliches* y *Tehuelhets del río*. Finalmente, por el sur limitaban « con los otros *Tehuelhets* », es decir, con los « de la sierra » (pág. 94).

Cuando nuestro autor introduce la mencionada división, que es fundamental, entre sus « *Tehuelhets* », califica al grupo étnico que nos ocupa de *Leuvuches*, o sea « gente del río » en idioma araucano (pág. 93). Ciertos autores han querido atribuir a esta calificación una trascendencia que está muy lejos de merecer. En primer lugar, los únicos gentilicios que tienen importancia decisiva para una clasificación sistemática son los que sirven a los pueblos para designarse a sí mismo, y no los que puedan darles sus vecinos u otros pueblos. A pesar de ello, Lehmann-Nitsche⁽²⁶⁾, inducido seguramente por el nombre de *Leuvuches* dado por Falkner, como incidentalmente, en la página mencionada a los *Tehuelhets del río*, se creyó en el deber de tener que atribuir calidad de araucano a nuestros indios. Outes llama la atención sobre el hecho de la alta estatura de su cacique Cangapol, certificada por nuestro misionero en la página 39, la cual excluiría en absoluto la posibilidad de que Cangapol y sus indígenas fueran *Araucanos*⁽²⁷⁾. A esto cabría objetar que, en principio, es muy bien posible que el cacique de un grupo de primitivos sea de origen distinto al de su pueblo. Luego, habría que tener en cuenta que por la época de Falkner, mediados del siglo XVIII, la Pampa y sus zonas limítrofes se hallaban en franco proceso de araucanización⁽²⁸⁾. Mas dejando todo eso de lado diremos que la crítica de Outes al procedimiento simplista de Lehmann-Nitsche, es muy acertada, y que todos los datos contenidos en el libro de Falkner están contestes en considerar a los « del río » como no-araucanos.

En efecto, Falkner, en su página 89, enumera las tribus araucanas entre las cuales no figuran, por cierto, nuestros *Tehuelhets del río*. Puede darse por seguro que, de haber sido Araucanos, no de-

curso de agua que aun hoy día lleva el mismo nombre: el Picunleufú. Todos estos son datos que no convienen a la ubicación de Huichin en la confluencia de los ríos Neuquén y Negro, que es la que generalmente le atribuyen los autores, y sí a una situación sobre el Limay, entre el Colloncú y el Picunleufú, lo que también corresponde a la ubicación que le da FALKNER en su carta.

(26) R. LEHMANN-NITSCHE, « *El grupo lingüístico « Hel » de la pampa argentina* », pág. 56.

(27) F. F. OUTES, « *Diario del viaje y misión al río del Sauce realizado en 1748 por el R. P. José Cardiel S. J.* », Buenos Aires 1933, pág. 56.

(28) Ver nuestro anterior trabajo « *La Araucanización de la Pampa* », en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo CXX, pág. 221 y sig.

jaba de decírnoslo el célebre misionero. Pero, por si ello fuera poco, ahí va la cita de la página 98: «*Todos los Tehuelhets* hablan un idioma distinto del de los otros *Puelches* y de los *Moluches*...». Y esto creemos que es bastante explícito.

Es lógico suponer que Falkner conociera algo mejor a nuestros *Tehuelhets del Río*, que no a los de la Sierra. Primeramente, dada la proximidad a las misiones en que trabajara Falkner, lo cual condicionaba más fuertes relaciones. Luego, por ser uno de sus principales informantes Cangapol, cacique de estos indios. Es por estas razones que habremos de atribuir, como regla general, a los «del Río», todos los datos que sobre *Tehuelhets* nos da y que no van referidos especialmente a los *Calille* o a alguna de sus subdivisiones; verbigracia, en cuanto atañe a la lengua que el autor denomina «tehuel».

Es seguramente debido a la falta de conocimiento directo del país tehuel y a que sus informantes principales pertenecieran a los «del Río», que nuestro autor incurre a veces en la exageración de generalizar los datos así obtenidos, y extenderlos a toda la Patagonia actual. Eso mismo sucede con el idioma tehuel; pues las muestras que de él nos da en su libro, pertenecen casi todas a la parte septentrional de la Patagonia, o sea a la región del río Negro, habitat, como sabemos, de los indígenas de quienes venimos tratando.

En efecto, en la página 91 escribe Falkner que para expresar el concepto «tehuelhet» en la lengua propia de los indios de este nombre, habría que decir: *Tehuelkunny*, lo que equivale a «gente austral». Luego, en la página 93, dice que el concepto «gente», que en pampa es *het*, más al sur se expresa con la palabra *kunnee* o *kunny*. Y, finalmente, en la 99, nos da reunidos unos cuantos vocablos de la lengua que él llama «tehuel», y que son *calille*: cerro; *pichua*: guanaco; *yagip*: agua y *cunnee*: gente.

Ahora bien; todas estas voces pertenecen a un idioma bastante bien conocido, y que es el de los indios que D'Orbigny llamara *Puelches* y que ellos a sí mismos se llaman *Gennakenn*. El habitat de estos aborígenes coincide exactamente con el de los *Tehuelhets del Río* o *Leuvuches*, y de los *Chechehets* que menciona Falkner. También coincide la alta estatura que enlaza a los antiguos *Tehuelhets del Río* y *Chechehets* con los modernos *Puelche-Genaken*. De ahí que no titubeemos en identificar a entrambos grupos y en considerar a los segundos como descendientes de los primeros⁽²⁹⁾.

(29) Esta identificación de *Tehuelhets del Río* o *Leuvuches* con los modernos *Genakenn*, ha sido ya expresada por OUTES en una de sus eruditas notas que esclara-

VII

Tehuelhets del Río (Leuvuche) y *Chechehets*, es decir, los *Serranos*, eran pues los indios conocidos actualmente por *Puelche-Genaken*. Ya hemos pasado revista a los componentes primeros del primer grupo; veamos ahora quienes eran los otros, los tantas veces mencionados *Chechehets*.

Falkner los ubica en la región costanera atlántica que se extiende desde el sur de Bahía Blanca al río Negro, prolongándose hacia el oeste hasta mezclarse con los «del Río». Eran nómadas, y solían extender sus correrías en busca de botín hasta las sierras del Tandil y de la Ventana. Somáticamente «altos y bien desarrollados», pertenecían, como los *Pampas*, a la raza pampeana.

A pesar de esta comunidad de caracteres antropológicos, separaban a ambos grupos otros caracteres diferenciales. Y es sumamente curioso observar que la mayoría de autores que en el estudio del libro de Falkner nos han precedido, no se han percatado de las diferencias existentes entre ellos⁽³⁰⁾. Costumbre ha sido, y sigue todavía siéndolo, el agrupar a estos indios junto con *Taluhets* y *Dihuihets*, y formar con ellos un grupo que, por lo general, ha sido llamado *Puelche*. Mas las diferencias puestas de manifiesto por Falkner son tales que hacen imposible agruparlos a todos en un solo complejo étnico.

Ya hemos visto antes que los *Chechehets* eran enemigos de los dos grupos que, según Falkner, fueran conocidos por *Pampas*, y nuestro autor habla repetidamente del estado de guerra existente entre ellos. Los *Chechehets*, «aunque estando de paz sean mansos y sumisos, de guerra son valientes y atrevidos, como muy bien les consta a los escarmentados *Taluhets* y *Dihuihets*» (pág. 93), pues sucede que cuando «la casualidad quiere que los *Tehuelhets* o los *Chechehets* estén alcanzando el Casubati (Sierra de la Ventana), el Vuulcán o el Tandil, en el momento en que *Dihuihets* y *Taluhets* estén por retirarse con su botín, aquellos les empiezan a picar la retaguardia... matan a los que se resisten, despojan a los demás de cuanto tienen y se adueñan del botín» (pág. 92).

recen el texto del *Viaje y misión al río de Sauce, realizado en 1748 por el R. P. José Cardiel, S.J.*, Buenos Aires, 1933. La nota aludida, que se halla en la página 246, anuncia una publicación sobre el tema, que hace tiempo esperamos.

⁽³⁰⁾ Tal vez el único que se haya dado cabal cuenta de ello haya sido, de nuevo, OUTES quien, en nota de la pág. 248 de su *Diario y misión, etc.*, ha vislumbrado la afinidad existente entre los dos grupos de *Leuvuches* y *Chechehets*.

Luego se diferenciaban por el idioma, que tenían uno propio (pág. 93), y que no era el pampa, como hemos visto, sino el genaken.

Pampas y *Chechets*, lo repetimos, no tenían otra afinidad común que la de carácter general condicionada por la pertenencia de ambos grupos a una misma raza y a un mismo cielo cultural. A pesar de ello, nuestros *Chechets* no constituían, en modo alguno, un grupo aislado, sino que los datos que de ellos nos da Falkner los ponen en estrecha relación con sus vecinos por el suroeste: los *Tehuelhets del Río*. Y aunque nuestro autor trate separadamente a los dos grupos, ellos constituían una sola unidad étnica: los *Serranos*.

La obra de Falkner separa, pues, a los *Chechets* de los *Pampas* y los acerca a los «del Río». Es ello tan así, que de no habernos dejado nuestro autor expresa constancia de que ambos grupos eran los llamados *Serranos* por los españoles, agrupándolos así en una cierta unidad, las afinidades existentes entre ellos harían que todo lector atento del libro del Falkner, tuviera necesidad de reunirlos en un solo complejo étnico.

En primer lugar está el idioma. En la página 93, Falkner expresa con referencia a los «del Río» o Leuvuche: «Este pueblo parece estar compuesto de *Tehuelhets* y *Chechets*, aunque hablan la lengua de los últimos, con una pequeña mezcla del tehuel». No era, por cierto, nuestro misionero quien confesadamente no aprendiera otro idioma que el araucano, quien pudiera apreciar con exactitud las diferencias que pudieran existir entre hablas distintas no dominadas por él; pero a pesar de ello, sus años pasados en Pilar, misión compuesta, en lo capital, por estos indios, hubieron de darle algún conocimiento lingüístico que, si bien no le permitía distinguir pequeños matices dialectales, lo pondría en situación de decidir si las lenguas habladas por *Chechets* y por los *Tehuelhets del Río* eran una sola, o dos idiomas distintos. El párrafo transcrito posee, pues, pleno valor de demostración, y como Falkner dice expresamente que los «del Río» hablaban la lengua de los *Chechets*, no hay razón válida alguna que nos induzca a dudar de ello. En cuanto a la «pequeña mezcla del tehuel», de la cual nos habla el mismo párrafo citado, se referirá sin duda a pequeñas diferencias de vocabulario que existirían entre los dos grupos y que tendrían como base una evolución un tanto divergente debida al distinto medio geográfico.

En la misma página 93 de la edición española de Lafone Quevedo hay, empero, una frase que podría inducir a error al lector desprevenido: es allí donde se expresa que «los *Chechets* son, por lo

general, altos y bien desarrollados como sus vecinos los *Tehuelhets* pero hablan idioma distinto ». Ahora bien; ya hemos visto antes que el término « *tehuelhet* » tiene, en Falkner, un doble sentido, pues mientras por una parte designa a un grupo de *Genakenn*, por otra va referido a los actuales *Tehuelches*; y es en este último sentido que lo empleará nuestro misionero, en el párrafo aludido, pues estos Patagones tenían, efectivamente, un idioma distinto.

Chechehets y *Tehuelhets* formaban, pues, una sola unidad somática y lingüística, y por ende étnica. Sus costumbres eran, en general, idénticas. Falkner, en el capítulo V de su obra, se complace en dárnoslo así a entender a cada paso, al enfrentar *Taluhets* y *Dihuihets*, es decir, *Pampas*, a *Chechehets* y *Tehuelhets*, es decir *Serranos*.

Las prácticas funerarias, por ejemplo, eran las mismas. En la página 105 de su obra, Falkner nos habla de ellas y expresa que « *Chechehets* y *Tehuelhets* colocan los huesos en sitio elevado sobre cañizos o ramas entretrejidas a fin de que se sequen y blanqueen con la acción del sol y de la lluvia », frente a los demás indios que practican la inhumación para tales fines.

Idénticos eran los conceptos religiosos a juzgar por los datos que nos ofrece Falkner. En la página 103 nos da un mismo nombre para ambos grupos, del Espíritu malo; igual cosa sucede con el nombre del Ser bueno llamado « *Guayava-cunnee* o Señor de los muertos »; y a pesar de ir referido a los « *Tehuelhets* » en general, el concepto pertenece al idioma de estos indios, al *genaken*, y les correspondería, lógicamente, también a ellos, si no es que a ellos se refiera exclusivamente.

Chechehets y *Tehuelhets del Río*, o sea, los *Serranos*, formarían también una sola unidad política, bajo el supremo mando del cacique Cangapol, denominado el Bravo (pág. 94). En una de las muchas fechorías del célebre cacique, esta vez dirigida en contra de un grupo de *Pampas* que se había refugiado cerca de los establecimientos españoles, se contagiaron nuestros indios de la viruela, la cual los diezmó, según nos cuenta Falkner. De ahí derivaría el hecho de que, en la época de nuestro misionero, se hallaban ya muy mezclados con *Araucanos*, aunque sin llegar al grado de araucanización de los *Pampas*. Hacía ya tiempo que estaban en situación de « *puelches* », mas ellos se resistían a la absorción.

VIII

En las misiones del sur bonaerense conoció Falkner a los auténticos Patagones. No era ese su verdadero habitat, mas solían llegar hasta los establecimientos jesuitas, alguna que otra vez, con miras al trueque, y hasta algunos de ellos se fijaron temporalmente allí. Nuestro autor los conoce con un término de la lengua pampa que equivale a « hombre del país Tehuel » u « hombre del sur ». Pero bajo este gentilicio, *Tehuelhets*, involucra Falkner a dos agrupaciones étnicas distintas que conviene separar. De una de ellas hemos hablado ya, y la hemos identificado como parte integrante de los antecesores de los modernos *Puelche-Genaken*. Ahora nos toca tratar de la segunda agrupación que el autor denomina, cuando los diferencia, « *Calillehet* o gente de la Sierra » (pág. 93).

Si analizamos el concepto *calillehet*, veremos que la partícula última pertenece a la lengua pampa y tiene el significado de « gente » mientras que la significación de la primera, o sea el vocablo *calille*, nos es dada por Falkner como « cerro » en lengua tehuel, es decir, *genaken*.

Mas, serios reparos se oponen a esta interpretación, pues en los diccionarios que de la lengua *genaken* tenemos no hallamos el vocablo *calille*, mientras que la traducción de « cerro » nos es en ellos dado con términos muy distintos. Sin embargo, ya Lehmann-Nitche llamó la atención sobre el hecho que tanto Hale⁽³¹⁾ como Hunziker⁽³²⁾ traen, en sus respectivos vocabularios del *genaken*, términos muy parecidos, *kelille* y *kelel*, aunque para otro concepto que « cerro », cual es el de « mar ». Parece, pues, como si Falkner, en esto, no nos hubiera dado el verdadero sentido del nombre que atribuye a los indios de la actual Patagonia, y éste equivalga más bien a « gente de la parte del mar ».

Nada nos dice Falkner del idioma de estos indios, tan celebrados en Europa por su alta estatura, pues lo que él conoce por tehuel es, como hemos ya notado, *genaken* puro. Un vocablo hay, empero, en la página 103, que corresponde al nombre que los « *Tehuelhets* y *Chechehets* » dan al Espíritu malo, que no es *genaken*. *Atskannakanatz*, que es el término aludido, parece ser idéntico con el vocablo

(31) *United States Exploring Expedition*. Volume VI: *Ethnography and Philology*. Philadelphia, 1846.

(32) OUTES, *Vocabulario y Fraseario Genakenn (Puelche)* reunidos por Juan Federico Hunziker en 1864. *Revista Museo de La Plata*, tomo XXXI, pág. 276.

tehuelche que trae D'Orbigny en el vocabulario de esta lengua que publicara R. de la Grasserie ⁽³³⁾ y que el célebre viajero francés transcribe con *achequenat canet*, y le atribuye el significado de « *génie du mal* ». De ser ello así, se habría identificado a estos indios con los modernamente llamados *Tehuelches*, en términos generales. Por lo demás, esta identificación era la única que convenía, tanto por su habitat, desde el sur del río Negro al Estrecho de Magallanes, como por las diversas equiparaciones que hace en su obra Falkner de Tehuelhets = Patagones.

Nuestro autor divide a estos *Calillehet* en varias « naciones », aunque todas del mismo idioma; con esto está Falkner, nuevamente de acuerdo con la moderna clasificación. Lo notable empero de ello es que los gentilicios que le sirven a Falkner para designar a estas subdivisiones de Patagones, son todos derivados de la lengua genaken. Veamos cuales eran.

Tenemos en primer lugar a un grupo innominado, que se extiende desde el sur del río Negro, límite septentrional de los *Calille*, hasta el 44° de latitud sur (pág. 97), y el cual corresponde muy bien a nuestros modernos *Tehuelches del norte* o *Pä'änkün'k*. Por el norte limitaban con los « del Río », y por el oeste con la población, que Falkner no conocía, ubicada frente a la costa de Chiloé.

Era ésta una nación nómada por excelencia, que vivía de la caza de guanacos y avestruces (pág. 98). Eran altos de cuerpo y « de mucha fuerza », siendo « de lejos los más numerosos de todas las naciones de esta tierra » (ibíd.).

El segundo grupo, con su habitat al sur de los anteriores, es llamado por Falkner *Chulilau-cunnees*, o sea « gente de Chulilau ». Lehmann-Nitsche, que tenía la manía de araucanizar el mayor número posible de elementos lingüísticos, hace derivar el nombre de la lengua de Chile, y lo traduce por « gente del lago de los Cierros » ⁽³⁴⁾. Pero no es posible pasar por alto la manifiesta relación existente entre el primer término del gentilicio y el moderno topónimo *Cholila*, que se halla situado al pie oriental de la Cordillera, por los 43° de latitud sur. El mismo Falkner cita este nombre en su página 82, al referir que « los indios hablan de un río en tierras de *Chulilau* ». Por consiguiente los *Chulilau-cunnees* serían los Patagones que moraban en la precordillera. En cuanto al río mencio-

⁽³³⁾ R. DE LA GRASSERIE, *De la langue Tehuelche. Internationaler Amerikanisten Kongress*, 14, Iagung. Stuttgart, 1906.

⁽³⁴⁾ Ver LEHMANN-NITSCHKE, *El grupo lingüístico « het » de la pampa argentina*, pág. 58.

rado, de cuya existencia dudaba Falkner, era seguramente nuestro actual Chubut, en su curso superior, el cual atraviesa la región aludida. Como los informantes de nuestro misionero eran, en parte, del Limay, es natural que conocieran esta parte del país.

El tercero de los grupos patagones, era el de los *Shuau-cunnees*. «*Shuau* — explica Falkner, pág. 98 — es el nombre que se da en el dialecto tehuel a una especie de conejo negro...» que Lehmann-Nitsche⁽³⁵⁾ cree debe tratarse del *Ctenomys*. Dada su ubicación en el mapa de Falkner, que los sitúa en la región de Santa Cruz, ellos serán los modernos *Tehuelches del sur*, o sea los *Aonükün'k*.

Para que se vea que Falkner, análogamente a lo que establece la investigación actual, reúne en un solo grupo a todos los Patagones, mencionaremos que en la página 98, al referirse a *Chulüau-cunnees* y *Shuau-cunnees*, establece que «las últimas dos naciones parece que son de la misma generación que los demás *Tehuelhets*...», es decir, que los del primer grupo, a quienes nosotros hemos identificado con los *Pä'änkün'k*.

IX

Los *Yacana-cunnees*, o «gente de a pie», constituyen para Falkner el último y cuarto grupo de *Tehuelhets-Calille*. En esto, como en tantísimas otras cosas, está nuestro autor en perfecto acuerdo con la moderna investigación etnológica, la cual reúne en una sola familia lingüística, la llamada Tshon, a todos los grupos de patagones. Los gentilicios que atribuye Falkner a todos estos grupos proceden del idioma genaken, como que indios de esta lengua fueron sus principales informantes. El nombre de *Yacana-cunnees* no es excepción de ello, y la traducción que da nuestro autor de aquel término pertenece a la lengua de los antiguos *Serranos*.

La descripción que de estos indios nos ofrece Falkner es, en lo esencial, la siguiente: «La última nación de los Tehuel son los *Yacana-cunnees*, que quiere decir gente de a pie, porque siempre andan así, desde que faltan los caballos en su tierra. Por la parte del norte parten términos con los *Shuau-cunnees*, al oeste con los *Key-yus* o *Key-yehues*, Cordillera por medio; al este los delimita el mar océano, y al sur está el archipiélago de Tierra del Fuego o sea el mar del sur. Estos indios viven a la orilla del mar a uno y otro lado del estrecho, y no pocas veces se hacen la guerra entre sí. Se sirven

(35) Ver LEHMANN-NITSCHÉ, l.c., pág. 58.

de unas boyas ligeras, como las de Chiloé, para vadear el estrecho. Suelen atacarlos los *Huilliches* y los otros *Tehuelhets*, que se los llevan para esclavos, como que lo único que tienen que perder es la libertad o la vida. Su alimento principal es pescado, que cogen ya zambulliendo, ya ensartándolos con sus dardos. Son muy ligeros de pies y así voltean guanacos y avestruces con sus boleadoras. Su talle es más o menos el de los otros *Tehuelhets*; rara vez exceden de los siete pies, los hay a menudo de menos de seis. Es una gente inocente e inofensiva » (pág. 99). A esto habría que agregar que ellos mantenían ciertas relaciones con los franceses y españoles de las Malvinas que iban a su tierra en busca de leña, y que, según una relación de la segunda mitad del siglo, sus armas eran arcos y flechas (pág. 86).

Indiscutiblemente, esta descripción es un tanto contradictoria y fiel reflejo de la relación espacial que mediaba entre el autor y el objeto de aquella. Sabemos que Falkner no llegó nunca a conocer la auténtica Patagonia y todos sus datos sobre ella son por ende de origen mediato. Verdad es que en cuanto se refiere a este pueblo del extremo sur del continente, tuvo, cual él mismo declara, como informante principal a un cacique de la « nación » mencionada, llamado *Tamu*, y esta fuente de información no hubo de ser mala; mas es casi seguro que nuestro autor agregó a la relación del cacique otros datos, obtenidos por otro conducto, y llegó así a una concepción de los habitantes del extremo sur que, a pesar de predominar en ella los característicos rasgos de nuestros actuales *Onas* de Tierra del Fuego, no está completamente libre de caracteres propios de los demás fueguinos.

Es por esta razón que Cooper ⁽³⁶⁾ cree problemática la identificación de estos *Yacana-cunnees* con los actuales *Onas*, y se inclina en creerlos, más bien, *Tehuelches* meridionales. A nuestro modo de ver, esta posición no excluye de modo absoluto la otra tesis que ve en ellos a los actuales *Onas*; pues no solamente *Onas* y *Tehuelches* están íntimamente emparentados étnica y lingüísticamente, sino que los primeros son hoy día considerados como Patagones que han permanecido en su prístino estado de cultura, por no haber llegado hasta ellos los influjos derivados de los pueblos andinos y araucanos que transformaron la antigua idiosincrasia patagónica. Pero, no por el hecho de ser los *Onas* los patagones más antiguos, en el aspecto cultural, representan ellos el tronco común, fundamental,

⁽³⁶⁾ Véase J. COOPER, *Analytical and critical bibliography of the tribes of Tierra del Fuego*, « Bureau of the American Ethnology », Bull. 63, Washington, 1917.

del cual se desprendieran los *Tehuelches* continentales, sino que, al contrario, todos los datos indican el camino inverso, es decir, que fueron los *Onas* quienes se desprendieron del tronco común patagón y emigrando a la Tierra del Fuego, en su aislamiento insular, mantuvieron casi intacta su vieja cultura.

Los actuales *Onas*, o como se denominan a sí mismos, los *Selknam*, emigraron, pues, desde la Patagonia continental en su actual habitat. Sus mitos recuerdan todavía su inmigración a la Isla Grande, viniendo del norte. La estructuración cultural del país abona en el mismo sentido, pues la capa étnica y cultural más antigua de la isla es la representada por los *Haus* que ocupan la península Mitre, es decir, el extremo opuesto a la supuesta puerta de penetración ona. No puede, por lo tanto, caber duda de que los antecesores de estos *Ona-Selknam* inmigraron desde el norte.

Y es aquí que engrana maravillosamente, en nuestra exposición, el texto de Falkner. Este autor nos dice que sus *Yacana* residían a una y otra parte del Estrecho y mantenían comunicación entre ambas riberas mediante una especie «de boyas ligeras como las de Chiloé». Así tenemos, pues, relatado, el proceso de la migración ona. En la época de Falkner, ambos grupos, situados a una y otra parte del Estrecho, estaban aún en comunicación, vale decir, la migración a Isla Grande todavía no había terminado.

Sin embargo, este precioso dato, el más valioso sin duda de los que nos ofrece Falkner sobre estos indios, ha suscitado serias dudas entre los investigadores por no conocerse hasta ahora ninguna clase de embarcación a los *Tehuelches*, ni tampoco a los *Ona-Selknam*. Autor hay, como por ejemplo G. Montandon⁽³⁷⁾, que declara categóricamente que el desconocimiento de medios de navegación es primario en los *Onas*.

De ser ello cierto, no cabría otro dilema que admitir, como hacen muchos autores, que la expansión patagónica hacia el sur tuvo lugar en una época en que se pasaba de una a otra parte por una lengua de tierra y el Estrecho no estaba todavía abierto; o que, al contrario, como parece que el Estrecho es geológicamente anterior a la existencia del grupo patagón, nuestros *Onas* pasaran el brazo de mar con las embarcaciones de sus vecinos canoeros, los *Alacaluf*.

Tanto una como otra hipótesis nos parecen harto inverosímiles. Por otra parte no alcanzamos a comprender bien el porqué se deba dudar de la posibilidad de que los antiguos *Tehuelches* pudieran

(37) G. MONTANDON, *L'ogenese culturelle. Traité d'ethnologie culturelle*, París, 1934, pág. 586.

valerse de los medios circunstanciales de navegación de que nos habla Falkner. Pues, en primer lugar, aun no se ha demostrado que nuestro misionero sea, en general, autor dotado de excedente imaginación. Si su descripción de los *Yacana* es un tanto ambigua, no por ello deja de ser rigurosamente exacto dato alguno, y a lo sumo hay leves errores en su atribución. Por consiguiente, si Falkner es autor veraz en lo que se ha podido comprobar, no hay razón alguna para suponer que deje de serlo en aquellas cosas cuya verificación es ya imposible, y que haya inventado aquello de que sus *Yacana* « se valen de una como boya con que a veces cruzan el Estrecho y así se comunican con los otros de su misma nación » (pág. 86).

Pero tenemos, además, que la navegación en balsas de forma y material distintos, es precisamente la que acompaña las más antiguas capas culturales. Por lo que a nuestra América respecta, ella está atestiguada en diversos puntos de la costa del Pacífico y en algunos lagos interiores, entre ellos el Titicaca y las lagunas de Guanacache. No sería, pues, nada extraño que este medio de navegación perteneciera a un substractum cultural anterior a los Patagones y que se hubiese conservado entre ellos, esporádicamente, como instrumento accidental para atravesar determinados cursos de agua.

X

« Las naciones de indios que habitan estas tierras se distinguen entre sí con los nombres generales de *Moluches* y *Puelches* ».

« Los *Moluches* son aquellos que los españoles llaman *Aucaes* y *Araucanos* » (pág. 89).

Moluches es, pues, el nombre general que da Falkner a las varias « naciones » que nosotros conocemos por *Araucanos*, y los enfrenta, como segunda gran división de indios, a los *Puelches* que acabamos de conocer. Con esto queda ya establecida la importancia que nuestro autor concede a este célebre pueblo que tanto diera que hacer a las armas españolas en su patria chilena. Y, en verdad, que se la merece. Su mayor cultura, sus caracteres somáticos distintos, junto con otras varias circunstancias, han hecho de este pueblo uno de los que mayor realce han alcanzado en nuestras latitudes. Al mismo tiempo, esta categórica diferenciación fundamental, tan de acuerdo con la realidad de los hechos, es otro ejemplo de lo certero de la mayoría de juicios de Falkner.

El habitat que nuestro misionero otorga a estos *Moluches*, sería la región al este y oeste de la Cordillera, desde los confines del

Perú hasta el Estrecho de Magallanes. Hay aquí en esto último, una exageración indebida que emana del doble concepto en que emplea Falkner el nombre citado, pues si por una parte significa, como hemos visto, tanto como «araucano», tiene por otra una significación de «gente del oeste». Y es este último significado el que, etimológicamente, atribuye Lenz al vocablo *moluche*, en contra de la interpretación que le da Falkner, que es la de «guerrero». Prueba de la segunda acepción, en Falkner, la tenemos en la página 91 de su obra, donde al dividir a los «*Huilliches o Moluches* australes» en cuatro distintas «tribus o naciones» ubicadas del lado del Pacífico, anota enseguida que sólo la de más al norte de ellas es de lengua araucana y las otras son de idioma distinto.

Por consiguiente no llegaban hasta el Estrecho de Magallanes los *Moluches* de «lengua de Chile», pues ellos terminaban, con los aludidos *Huilliches*, en el mar de Chiloé.

La descripción que de estos *Moluches* o *Araucanos* nos da Falkner es la siguiente:

«Los *Picunches* son los de la parte más al norte de todas estas naciones y se llaman así porque *picun* en su lengua significa norte y *che* hombres o gente. Ocupan las montañas desde Coquimbo hasta más abajo de Santiago de Chile. Estos son los más valientes y los más corpulentos de todos los *Moluches* muy particularmente los del oeste de la Cordillera, entre los cuales figuran los de Penco, Tuca-pel y Arauco; y fué con motivo de éstos que los españoles dieron el nombre de Araucanos (equivocadamente) a todos los demás indios de Chile. Los que caen a la parte oriental de la Cordillera alcanzan hasta más abajo de Mendoza, y se llaman *Puelches* por los de aquella banda: *puel*, equivale a este; pero los otros que les quedan al sur les dicen *Picunches*. Conocí a algunos de sus caciques que se llamaban *Tseucan-antu*, *Pilque-pangi*, *Caru-pangi* y *Caru-lonco*».

«Los *Pehuenches* tienen al norte a los *Picunches* y se extienden desde el paralelo de Valdivia hasta los 35° de latitud sur. El nombre se deriva de la palabra *pehuen*, que significa pino, como que su tierra es la de los pinares. Como caen al sur de los *Picunches*, éstos suelen tratarlos de *Huilliches*, o gente del sur, pero lo más general es que los llamen *Pehuenches*. Fueron caciques de ellos *Colopichun*, *Amolepi*, *Nanquel*, *Nicolafquen*, *Guenulep*, *Cusu-huanque*, *Col-nancon*, *Ayalep* y *Antucule*. El último era un cacique joven a quien conocí muy bien».

«Estas dos naciones fueron en un tiempo muy numerosas, que durante largos años tuvieron guerras sangrientas con los españoles,

y muy cerca anduvieron de expulsarlos de Chile, como que destruyeron las ciudades de la Imperial, Osorno y Villarica, y dieron muerte a dos de sus presidentes, Valdivia y Don Martín de Loyola; mas ahora han decaído tanto que apenas alcanzan a reunir 4000 hombres entre todos ellos » (págs. 89 y 90).

« Los *Huilliches* o Moluches australes se extienden desde Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes. La primera de éstas llega hasta el mar de Chiloé y más allá del lago Nahuelhuapí: hablan la lengua de Chile... ». En cuanto a las otras tres, parecían a nuestro autor ser « gente de otra generación » (pág. 91), en lo que no estaba equivocado.

Hemos creído conveniente transcribir in extenso los precedentes párrafos porque ellos contienen en sí varias contradicciones que es menester aclarar.

En efecto, los *Picunches* de Falkner no pudieron haberse extendido, del lado de Chile, « desde Coquimbo hasta más abajo de Santiago de Chile » como reza el texto, si es que pertenecían a ellos los indios de Penco, Tucapel y Arauco. Estos tres lugares, célebres todos ellos como teatro de luchas sangrientas entre araucanos y conquistadores de la primer centuria, están situados sobre la línea del Bio-Bio ⁽³⁸⁾ y por lo tanto muy lejos, en dirección sur, del límite meridional del territorio que asigna nuestro autor a sus *Picunches*.

Pero tampoco conviene al habitat mencionado el hecho de que fueran ellos quienes, con los *Pehuenches*, ofrecieran tan seria resistencia a los españoles. Recordemos solamente que pasados los primeros años de la conquista, la lucha quedó circunscrita a los territorios del sur, y la región central y septentrional de Chile, presunto habitat según Falkner de nuestros *Picunches*, quedó libre de guerras con los invasores.

Por su parte, los *Pehuenches* han sido siempre tenidos por habitantes de la Cordillera, al menos del lado chileno, y es imposible que fuera de otra manera en la época de Falkner, pues él mismo declara que « su tierra es la de los pinares », de donde derivaban su nombre de « hombres de la región de los pinos ». Como se sabe, el pino llamado *pehuen* en araucano es el *Araucaria imbricata* cuyo habitat corresponde a la parte central cordillerana del Territorio

⁽³⁸⁾ *Penco* es el antiguo asiento de la ciudad de Concepción y está situado en el ángulo sureste de la bahía de este nombre.

En *Tucapel*, donde se había erigido un fuerte, murió el conquistador Valdivia en la memorable batalla del 1° de Enero de 1554.

Arauco era también un fuerte fundado por Valdivia sobre la costa al sur de la mencionada bahía de Concepción.

Nacional del Neuquén y su zona limítrofe chilena ⁽³⁹⁾, siendo ésta la región llamada desde antiguo « los Pinales ».

Para poder explicarnos estas manifiestas contradicciones deberemos tener presente que Falkner no conoció nunca las tierras de ultra-cordillera, ni tampoco tuvo la intención de hablar de ellas. « No es mi propósito describir el reino de Chile, por cuanto ya lo ha hecho el padre Ovalle... », dice, página 39, al comenzar su obra. Pero como había también *Araucanos* aquende la Cordillera y en la Pampa, y éstos eran tenidos por de origen chileno, nuestro autor tenía forzosamente que decir algo del tronco étnico transandino que era el generador de los indígenas que paulatinamente se iban imponiendo en la llanura argentina. Y es por eso que Falkner, que no nos dice una sola palabra del país al occidente de los Andes, se detiene en detallarnos la distribución y la historia de los *Araucanos* de Chile. Base de su exposición hubieron de ser, sin duda, antiguas relaciones de misioneros chilenos, a los cuales diversamente alude, y la poca bibliografía existente sobre el asunto.

Proceden, pues, de fuentes escritas, en lo capital, los informes que de los *Araucanos* chilenos nos ofrece Falkner. Si a eso agregamos las anormales circunstancias en que se editó su libro, podremos comprender cómo es posible que sus datos, entresacados de aquí y de allá, no concuerden siempre en los detalles. El habitat de los *Picunches*, por ejemplo, resulta ser distinto si nos atenemos a lo que declara expresamente de él, de cuando nos fijamos en lo que significan, implícitamente, los detalles que de ellos nos da. Y esa ambigüedad sólo se explica por las razones que acabamos de puntualizar y por lo que luego diremos.

La situación chilena no hubo de ser distinta, en la época de Falkner, de la posterior del siglo XIX. Un buen conocedor de ella, R. Lenz, establece: « Hoy se distingue el *picunche*, la lengua del norte (entre los ríos Bio-Bio y Valdivia), del *huilliche*, la lengua del sur (al sur del río Valdivia), y del *pehuenche*, la lengua de la gente de los piñones, en la falda oriental de la Cordillera, desde donde, en tiempos pasados, han vagado por la Pampa argentina hasta las cercanías de Buenos Aires » ⁽⁴⁰⁾. Y no otra hubo de ser la distribución a mediados del siglo XVIII, si tenemos en cuenta todas las circunstancias que afloran en el texto de Falkner.

Mejor informado estuvo Falkner de la situación de los *Araucanos*

⁽³⁹⁾ Ver REICHE, *Geografía Botánica de Chile*, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n° 67, pág., 225.

⁽⁴⁰⁾ Ver R. LENZ, *Estudios araucanos*, Santiago de Chile, 1896, pág. XXI.

aquende la Cordillera. Indios de este origen solían visitar las misiones en que trabajara nuestro autor, ora solos ora mezclados con los *Pampas*, y no pocos de ellos se habían establecido en las reducciones. Por consiguiente, nuestro autor tuvo ocasión de aprender su idioma y de informarse de su género de vida.

Sin embargo no es mucho lo que de ellos nos manifiesta Falkner. Tal vez lo de mayor trascendencia sea el hecho de atestiguarlos su existencia. Estos indios, que él conoció, dice eran llamados *Puelches* por los de Chile, y *Picunches* por los del sur.

Ahora bien; por fuentes contemporáneas de Falkner sabemos de *Puelches* originariamente no araucanos que por la época se hallaban en franco proceso de araucanización. El P. Havestadt, que por 1751 atravesó viniendo de Chile la Cordillera y se internó hasta Malargüe en el sur de Mendoza, deja constancia en su « *Chilidugu* » publicado en 1777 en latín, de que estos *Puelches* a pesar de tener idioma propio entendían y hablaban muchos de ellos el araucano. Además el mismo padre cita los nombres de varios caciques puelches de la región que son de pura cepa araucana.

Deberemos, pues, admitir que eran estos *Puelches* semi-araucanizados del sur de Mendoza los que conoce Falkner bajo el mismo nombre y en la misma región. Ya por la época se habían extendido y alcanzaban por el este hasta el Desaguadero, lindando, río por medio, con los *Pampas-Taluhets* (pág. 91). Por el sur se confundirían con los *Pehuenches* que de este lado de los Andes se extendían en dirección este. Y eran estos últimos los que llamaban *Picunches* a aquellos *Puelches* por el mero hecho de morar al norte de ellos. Por la parte del septentrión llegaban hasta « más abajo de Mendoza ».

En cuanto a los *Pehuenches* argentinos no nos da Falkner límites exactos ningunos. Sin embargo hay desparramados unos cuantos datos que nos llevan a creer que llegaban por el este hasta el río Salado o Chadileufú. En efecto, en la página 74 de su libro nos habla de este río y expresa: « Los *Pehuenches* llaman a este río *Cum Leuvu* o río Colorado, porque tal es el color de sus bordes ». Luego, en la página siguiente, describe la región que se extiende al oeste de aquel río y manifiesta: « Todo el país que se extiende entre este río (el Colorado y el Sanquel (el Neuquén), que desagua en el Neuquén, está cuajado de esteros y matorrales de ese junco espinado, grueso y áspero, a que los *Pehuenches* dan el nombre de *Sanquel* (Rankel)... ». Si eran, pues, los *Pehuenches* quienes daban nombre al río y a los carrizales, justo es admitir que ellos también

llegaban hasta la aludida región. Por lo demás, Don Luis de la Cruz, quien medio siglo después atravesara el país en su viaje desde el fuerte chileno del Ballenar hasta Buenos Aires, fija como límite oeste de los *Pehuenches* el mencionado río ⁽⁴¹⁾.

XI

De otros varios pueblos hace todavía mención Falkner en el célebre libro que estamos analizando. Mas son sus datos demasiado vagos y, sobre todo, van referidos a regiones demasiado apartadas de los centros de actividad de nuestro misionero como para poder ser tomados en cuenta. Prescindamos, pues, de ellos, y pasemos más bien a recapitular, en forma sistemática, las conclusiones que como resultado de nuestro trabajo podemos ofrecer a los estudiosos de nuestra etnología.

Dichas conclusiones son las siguientes:

1. — En todo aquello que Falkner conociera personalmente o de que pudiera informarse directamente, es autor digno de todo crédito; sólo que debido a la edición anormal y por otra persona de su obra, es menester ejercer la crítica de fuentes;

2. — Los pueblos de los cuales, por razones de su actividad, pudo nuestro autor informarse, pertenecen a cuatro distintas familias lingüísticas: los *Pampas*, los *Serranos*, los *Patagones* y los *Araucanos argentinos*;

3. — Los *Pampas* estaban constituídos por dos agrupaciones distintas con distinto habitat, pero que formaban una sola unidad racial, cultural y lingüística. Eran nómadas de las llanuras, y vagaban los *Taluhets* en la parte oriental de la pampa, o sea la denominada húmeda, sobre todo en su sección norte, y los *Diuihets* en la occidental o seca, sobre todo en su sector meridional. Su lengua era la conocida hasta ahora por « Het »;

4. — Los *Serranos* también se dividían en dos grupos: el primero de ellos era constituído por los *Chechehets*, el segundo por los *Leuvuches* o indios del río Negro. El habitat serrano era la región de los ríos Colorado y Negro: los *Chechehets* al oriente, los « del Río » en el occidente. Su lengua era la de los modernos *Puelche-Genaken*;

(41) Véase, LUIS DE LA CRUZ, *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes, poseídos por los Pegüenches, y los demás espacios hasta el río de Chadileubu*, En « Colección Angelis », tomo I.

5.— Los *Patagones* se dividían en tres distintos grupos que corresponden a los modernos *Tehuelches del Norte*, *Tehuelches del Sur* y *Tehuesh*. Su habitat era la Patagonia propiamente dicha; su lengua el moderno tehuelche;

6.— Los *Ona-Selknam* descienden de una rama de *Tehuelches del Sur* inmigrada, en olas sucesivas, a Tierra del Fuego desde el extremo sur de Patagonia. En la época de Falkner mantenían aun vivas las comunicaciones con el continente;

7.— Por la misma época, los *Puelches* del sur de Mendoza se hallaban ya casi completamente araucanizados; es por eso que Falkner los considera *Araucanos* y los llama *Picunches*;

8.— Los *Pehuenches*, que eran también araucanos, se habían extendido por fuera de su habitat peculiar, los pinares andinos, y llegaban hasta la región del Chadileufú o Salado.

